



Las exigencias del seguimiento de Jesús y los obstáculos en el camino de la santidad

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Los Ejercicios intentan contrastar la tendencia a la incoherencia y a la tibieza que es habitual en los seguidores de Jesús con dos grandes momentos: **(1)** la parábola de los Tres Binarios de hombres, para abrazar el mejor, y **(2)** la consideración de las Tres Maneras de Humildad, los tres posibles grados de amor a Dios existentes en los humanos. Son los dos grandes referentes que el itinerario ignaciano pone para la realización de la elección de estado o la reforma de vida del ejercitante.

Santa Teresa expresa muy claramente el deseo de «emplearse en Dios de todas cuantas maneras se quisiere servir» de la propia persona

«¡Oh, cuando el alma torna ya del todo en sí (*después de una intervención extraordinaria de Dios en la oración*), cuánta es la confusión que le queda y los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios de todas cuantas maneras se quisiere servir de ella! ... Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen para alabarle por ellas.» (Moradas 6, 4, 15).

En el centro de su vida pública, después de la crisis experimentada en la Galilea que en general le había recibido bien, y antes de iniciar el camino a la Jerusalén que le iba a condenar, Jesús interpela a los discípulos con la gran pregunta ¿Quién decís que soy yo? ¿Quién soy yo en realidad para vosotros? Esta es la misma pregunta con la que todavía sigue interpelandonos a los ejercitantes que pretendemos seguir a Jesús, y seguirle no solo durante los Ejercicios.

Valorar a Dios, nos mejora. Nos decía la santa: «si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, es mucho inconveniente», porque «nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien tratando a vueltas de sí con Dios» (Moradas 1, 2, 10).

Santa Teresa habla de «tratar a vueltas de sí con Dios», es decir, de tratar con Dios pero poniéndole por delante de uno mismo, es decir, poner a Dios por encima de los propios intereses. Dice la Santa que no se sale del temor interior, de la pusilanimidad o de la cobardía —actitudes defectuosas que ella llama “cieno”, lodo — mientras el ejercitante mantenga una dependencia de los intereses más personales, mientras conserve el apego a «*la miseria de nuestra tierra*». Para que comprendamos esta actitud, la Santa pone diversos ejemplos de dependencia de circunstancias meramente terrenas: por ejemplo, si me miran o no me miran, si tendré problemas o seré peor o mejor considerado por la elección de un determinado camino, etc.

Santa Teresa nos previene de caer en actitudes maximalistas, de pretender ponernos por delante de los demás buscando el “quedar bien” y no el seguimiento radical de Jesucristo, «si me tendrán por mejor si no voy por el camino de todos». La Santa deja esto muy claro con una frase muy expresiva de su tan humano y constante sentido común: «no son buenos los extremos aunque sea en virtud».



«Metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, nunca la corriente saldrá del cieno de temores, de pusilanimidad y cobardía: de mirar si me miran, no me miran; si, yendo por este camino, me sucederá mal; si osaré comenzar aquella obra; si será soberbia; si es bien que una persona tan miserable trate de cosa tan alta como la oración; si me tendrán por mejor si no voy por el camino de todos; que no son buenos los extremos aunque sea en virtud» (Moradas 1, 2, 10).

No llegaremos nunca a ser santos sin nuestra libre decisión de obedecer a la llamada de Dios con la ayuda de sus gracias. Tampoco llegaremos nunca si no ponemos nuestra confianza en Dios, que nos hace reconocer nuestro pecado, a la vez que nos remite a Él como al único que nos puede salvar. Dios nos invita, no nos obliga, lo dice el Catecismo: *«El hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios, nadie debe estar obligado contra su voluntad a abrazar la fe. En efecto, el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza, (cf. CIC, can. 748,2). Ciertamente, Dios llama a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por ello, quedan vinculados por su conciencia, pero no coaccionados. Esto se hizo patente, sobre todo en Cristo Jesús, (DH 11). En efecto, Cristo invitó a la fe y a la conversión, Él no forzó jamás a nadie. Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían. Pues su reino... crece por el amor con que Cristo, exaltado en la cruz, atrae a los hombres hacia Él (DH 11)»*¹. Ante el cambio que requiere el querer ser santos, siempre encontramos alguna clase de pretextos para no intentarlo de verdad:

a) Las personas que nos rodean. Hay que reconocer que las personas que nos rodean son frecuentemente un obstáculo a nuestra vida cristiana, sobre todo, si queremos vivir como Dios manda. No es raro que se suelen oponer al cumplimiento de la voluntad de Dios, muchas veces sin querer, y otras con toda deliberación.

La Virgen María ha sufrido mucho por esta causa. Hemos hecho pasar a la Virgen horas muy amargas. Ella sabe bien, porque lo ha vivido, lo que es esta oposición de los hombres a los deseos de Dios, oposición a que se cumpla Su voluntad, la obra de Dios. Y ¿Cuál fue la respuesta de la Virgen? Siempre la misma: la respuesta del amor de una madre. Amaba también a estos hombres que no querían a su Hijo. [...] Una mirada a la Virgen confortaba a los apóstoles, también a nosotros ante tantos obstáculos que a veces nos hacen dudar.

Aprendamos de la Virgen a amar a los que nos hacen difícil cumplir la voluntad de Dios y confiemos más en Dios y en Ella, que es la cooperadora de Dios en esta formación de los santos, y nos da a entender que es voluntad de Dios hacernos más humildes por las humillaciones, para que nos santifiquemos. Santa Teresa nos dice:

«Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que las hacen mal o desean hacer; antes les cobran amor particular, de manera que si los ven en algún trabajo lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por librarlos de él, y encomiéndalos a Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace Su Majestad holgarían perder por que se las hiciese a ellos, porque no ofendiesen a nuestro Señor» (7Moradas 3,5).

¹ Catecismo, N° 160.



b) El miedo a cambiar: Las novedades que pueden apreciar los demás personas a veces nos asustan, no nos atrevemos a que nos vean actuar de manera diferente a como lo hacíamos, y vamos dejando nuestra conversión para más adelante. Todo por miedo al ¡qué dirán! ... Y entonces, como excusa para no intentarlo, solemos pensar que ya no tenemos solución, que son tan grandes nuestros pecados que es imposible cambiar de vida y que Dios no nos perdonará. No nos fiamos de Dios, no cómo el Cura de Ars que nos decía: *«No hay nada que más ofenda al buen Dios cuanto desesperar de su misericordia. Sí quien dice: "He pecado mucho, el buen Dios no puede perdonarme". Es una gran blasfemia. Supone poner un límite a la misericordia de Dios, cuando no la tiene: es infinita»*. Este miedo nos bloquea y no hacemos nunca nada. Le pasó a la Santa:

«Parecíame era mejor andar como los muchos, y que engañaba a la gente, porque en lo exterior tenía buenas apariencias» (Vida 7,1).

c) La falta de deseo de ser santos. San Pablo confiesa que está lejos de la perfección, pero se esfuerza incesantemente por llegar a ella. *«No pretendo decir que haya alcanzado la meta o conseguido la perfección, pero me esfuerzo a ver si la conquisto, por cuanto yo mismo he sido conquistado por Cristo Jesús»* (Fil 3,12). Los santos no fueron santos solo porque Dios lo quiso, sino que también quisieron ellos con todas sus fuerzas, porque en la vida del hombre están juntas dos voluntades: la de Dios, divina, y la nuestra, humana. No se puede hacer nada si no van juntas, y se puede lograr todo si las dos voluntades quieren lo mismo. [...] Se necesita nuestra colaboración, como ya advertía San Agustín: *«Dios que te creó sin ti, necesita de ti para salvarte»*². Santa Teresa a su vez nos indica:

«Lleva el Señor a cada una cómo ve que es menester. Aparejo es para venir a ser muy sierva de Dios, si ayuda; mas, a las veces, lleva Dios por este camino, a las más flacas. Y así no hay en esto por qué aprobar ni condenar, sino mirar a las virtudes, y a quien con más mortificación y humildad y limpieza de conciencia sirviere a nuestro Señor, que ésa será la más santa, aunque la certidumbre poco se puede saber acá, hasta que el verdadero Juez dé a cada uno lo que merece» (6Moradas 8,9).

Si no tenemos aún este deseo de ser santos, se lo tenemos que pedir al Señor, que nos lo quiere dar. No podemos pasarnos la vida entretenidos en buscarnos a nosotros mismos y en darnos satisfacciones tontas, que nos apartan del deseo de ser santos. San Bernardo dice: *«No hay mejor señal, ni más cierto testimonio de la presencia de Dios en un alma que tener un deseo grande de más virtud y más gracia y perfección»*³. Como siempre, la Santa nos da el consejo acertado:

«Digo que es menester más ánimo para, si uno no está perfecto, llevar camino de perfección, que para ser de presto mártires. Porque la perfección no se alcanza en breve, si no es a quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced» (Vida 31,17).



Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!

² SAN AGUSTÍN, Sermón 169.

³ SAN BERNARDO, Sermón 2, de San Andrés.